

Política Nacional

VOCES AISLADAS

El país no está económica ni socialmente preparado para una labor socialista. Cuanto más tiempo dure la participación ministerial de los socialistas, es natural que los conflictos se acentúen. Implantada la República democrática, es un contra-sentido pensar en una dictadura.

(Palabras del Sr. Besteiro).

Aún con peligro de que nuestra insistencia degenera en machaconería, reproducimos una vez más las palabras pronunciadas por don Julián Besteiro en ocasión memorable. Cuando dentro de un sector político, enloquecido por la pasión y el egoísmo, se eleva la voz serena de un hombre previniendo peligros, señalando normas y aduciendo ejemplos de indiscutible valor, exaltar esa voz, dotarla de su máximo poder de penetración para que cale los más profundos estratos de la conciencia nacional, es un imperativo ineludible. Pero este deber nuestro de votar, con la máxima resonancia que nuestras fuerzas limitan, una voz señera y noble, con mayor claridad se advierte si consideramos que va dirigida a un Partido engarzado en el País, que constituye una fuerza política de la República, de cuyo empleo racional y adecuado se pueden obtener beneficios indiscutibles para la Nación.

Al dirigir la mirada hacia el partido Socialista, no nos extraña que la voz de Besteiro haya provocado una tormenta de opiniones adversas contra él. Pero confesamos sinceramente que nos desconcierta la falta de unanimidad de criterio sobre cosas que constituyen el cimiento teórico del socialismo.

Nos parece un fenómeno perfectamente encajado en la normalidad, la protesta airada, la inquietud irrefrenable, evidentes en ciertos—y numerosos—elementos que conviven en el Partido Socialista, cuando se entrevea la posibilidad de que se implante una norma de abstención absoluta de Poder. En estos tiempos de apetitos y ambiciones desatadas, el abstencionismo vendrá a cercenar las ambiciones y los apetitos de esos elementos que, por lo abundantes, constituyen el denominador del Socialismo español. Hasta el apetito y la ambición podríamos considerarlos muy naturales (y perjudiciales, no lo olvidemos) y como fenómenos que surgen invariablemente a declinar un régimen y nacer otro. Lo que señala una crisis interna peligrosa es la disparidad de opiniones en asunto tan fundamental como la Democracia.

En Francia también se ha puesto de manifiesto esta pugna de criterios surgida dentro del marco socialista, que ha producido el hecho curioso de que aquí, en España, mientras el señor Besteiro exalta la democracia como carne y esencia del socialismo, el señor Largo Caballero—ministro de una República democrática y exaltado, gracias al espíritu y la norma democrática al Poder—, la ataca duramente en Ginebra. ¡Y sin embargo, es colaboracionista el señor Largo Caballero, y el señor Besteiro, no!

Si la participación de los socialistas en el Gobierno, está siendo a todas luces perjudicial para los intereses de la República y del Partido mismo, por instinto de conservación se impone el apartamiento, ya que la mayoría socialista—una mayoría que proclama sin ruborizarse que antepone los intereses y conveniencias de la Organización a las conveniencias e intereses generales de la República—no puede obrar por otros móviles. Pero todavía se impone, con mayor fundamento, alejar de la gobernación del País a los señores de la Segunda Internacional, por la crisis interna que atraviesan.

La República corre el peligro de que la tendencia antidemocrática triunfe en el Partido Socialista y veamos entregados resortes y mandos del Estado democrático a unos señores que no lo son.

COSAS DE LA TIERRUCA...

Quando oímos hablar a los socialistas de revolución y actitudes violentas, nos acordamos fatalmente de una marca de café, alemana. El famoso café Hag.

¿Ustedes comprenden por qué?

Muy sencillo. El mencionado café presenta una novedad en los mercados. Es un café sin cafeína, que puede tomarlo todo el mundo sin miedo a intoxicarse.

Y esto es en realidad el Socialismo de la Segunda Internacional, colaboracionista, contemporizador, flexible cual la cintura de un palatino y con un aroma de avestruz.

Un café sin cafeína.

Un marxismo sin "marxéina".

Pero de esto no quieren acordarse los socialistas españoles. Se acordaron en Diciembre, cuando el movimiento republicano, y se estuvieron muy quietecitos, con mucha compostura y discreción, mientras fusilaban a Galán y García Hernández.

Pero ahora, han vuelto a olvidar su filiación y sus tradiciones políticas. Y se sienten unas fieras.

¡Con la cuchara en la mano y el plato delante, no les ganaría en brío revolucionario ni el propio Lenin!

Quando oigan decir que el socialismo crea conflictos en la economía nacional, sonríanse.

No es el Socialismo—fórmula inoqua—, sino los socialistas, que padecen una delirante actividad funcional de estómago.

Dicen que a ellos les interesa, sobre todo, su organización, y no la República.

Entonces, ¿por qué colaboran?

Menos mal que los republicanos y comienzan a estrechar sus filas para batir a estos hunnos modernos.

Pero, viejo megalómano ¿quién dice que usted provoque las disidencias del Partido Radical?

No, hombre, no. Usted es el soplo, pero no la llama.

Compréndalo bien, ruina de sí mismo. Cuando la chispa de la discordia prende en el Partido, usted sopla con su boca desdentada, esforzándose por avivarla.

¿Pero producir la chispa? Oh, no. Todos saben que...

Templado, frío... repúblicano de la fracción "pura"... ¡Qué maravillosa escala descendente!

Unos, se fueron porque no alimentaron sus ambiciones y sus estúpidos sueños de hegemonía; otros, arrastrados por la corriente de incomprensión y hubo algunos a quien se echó a la calle de la misma forma que a una rata muerta.

Y todos forman parte ahora de la "fracción pura".

Decía un negro a un mulato: ¡Oh, qué blanco eres! Así es el mando.

NOTAS

Asombraban aquellas noticias que de los Estados Unidos venían, cada vez acusando un aumento en el número pavoroso de hombres sin trabajo. El gesto ceñudo de Mr. Hoover, presidía el desfile de millones de hambrientos. Llenaban los ámbitos de las grandes ciudades, cuando apareció en contraste agudo el rostro risueño del actual Presidente, Mr. Roosevelt, llegando al Poder con un bagaje de proyectos para los cuales le había servido de inspiración su propio optimismo; no un optimismo quieto por lo confiado, sino constructivo por lo fuerte y dinámico.

Y comenzaron a ser realidades los propósitos: comenzó a tener eficacia el plan diseñado y prometido en los instantes de la propaganda electoral. Y ahora nos llega un telegrama de Washington—publicado ayer en los periódicos—diciendo que se calcula que durante las veinticuatro horas últimas un millón de trabajadores ha obtenido beneficios por el aumento de salarios y la disminución de la jornada de trabajo; esta jornada, de cuarenta horas semanales, ha permitido además en la industria textil dar ocupación a 700.000 obreros que se hallaban parados, calculándose que antes de terminar el mes en curso podrán crearse más de 100.000 nuevos empleos.

Mr. Roosevelt, inalterable su expresión risueña, contempla desde el alto sillón presidencial cómo se programan legislativo va diezmando las filas de aquel pavoroso ejército del hambre—C.

El silencio del señor Lerroux

Madrid.—Los periodistas interrogaron al señor Lerroux sobre el momento político actual y eludió la contestación, diciendo: "Quiero que vuelva a hablarse del silencio de Lerroux."

Importante nota de los centros económicos

Barcelona.—Las asociaciones económicas de Cataluña han entregado a la Generalidad un importante documento solicitando, entre otras cosas, el restablecimiento de la disciplina social y la reforma de los Jurados Mixtos.

Lamentan la situación anárquica de Cataluña diciendo que el daño material producido es poco comparado con el estrago en la causa moral pública.

Agrega que antes que la transacción entre el capital y el trabajo, deben asegurarse la vida y los bienes de los industriales.

HORARIO POLITICO

La inteligencia republicana se va afirmando con gran firmeza, en que los principios triunfan sobre los temperamentos y los ideales sobre las pasiones.

Esa inteligencia que se manifiesta en multitud de detalles y que se hace cada vez más viva al calor de una cordialidad correspondida, augura para la República días mejores de los que ha tenido que soportar con amargura incomprendida por los que gobiernan, quizás inconscientemente, en contra del país.

Los socialistas, apurados hasta lo indecible las ventajas arrancadas por la fuerza a una República que no es para ellos finalidad, sino medio, se vendando cuenta, de que estamos a punto de decir "imposible dejásteis para vos y para mí". Por eso, es de creer que no levantarán obstáculo alguno a la unión republicana que habrá de conseguir, con un buen Gobierno, re-conquistar para el régimen las simpatías que, a lo largo de los años, fué dejando entre las zarzas de la decepción.

Pero hay que rectificar conductas ministeriales que hasta ahora provocaron ellas solas los conflictos. No hay duda de que los errores de quienes mandan engendran las rebeldías de los que obedecen. Un Gobierno sin pasiones sectarias, sin matices socialistas, sin manía persecutoria, sin otro norte en su rumbo que la justicia, sin otra aspiración en su conducta que asegurar la República sobre el amor es el que va dibujando esa aproximación cordial entre todos los republicanos. Es de esperar que el señor Largo Caballero, no estorbará con declaraciones inoportunas esa aproximación a la que se muestran decididamente inclinados los hombres dignos que creen que la República no ha tenido ocasión de aplicar sus postulados y de ser vir, por encima de todos, los altos intereses de la justicia.

La próxima revolución

Cuando vayamos a hacer la próxima revolución—cualquier día en que las gentes no tengan mejor cosa que resolver—habremos antes de reflexionar bien. No están los tiempos para precipitaciones funestas ni para actitudes violentas o airadas. Una revolución pacífica; he ahí el ideal de nuestros buenos revolucionarios. Mejor si la podemos presenciar desde la mesa del café, aún cuando para ello sea preciso variar el itinerario prestablecido. Una buena revolución en la que no faltarán varias brillantes Charangas y buen copio de fuegos de artificio. Los niños lanzarán al vuelo las campanas de su regocijo—un par de días sin escuela—y los viejos, ajustándose temblorosos los quevedos sobre las narices desmedradas, lanzarán su recuerdo emocionante a otros tiempos tan estúpidos como éstos.

Ya hicimos una hace poco. Y salió perfectamente. Los ensayos no pudieron dar nunca idea de lo acoplada que iba a resultar la representación. Unos complots terribles sucediéndose angustiados durante largos años, hicieron parir, al fin, la magnífica revolución. Aquellos complots erizados de militarotes y de abnegados episodios, era evidente que resquebrajaban muchas cosas fundamentales; pero nunca

creímos que fueran tan hondas y tan hanchas las resquebrajaduras. Fué así, sin embargo. Luego, el pueblo, también hacía falta el pueblo, consumó la cosa. Y tuvimos una excelente revolución.

Por cierto que los militarotes no formaron en ella. Perdió la cosa en brillantez y cromatismo. Pero ganó esas cosas populares.

Grandes cosas nos trajo esta revolución. En primer lugar nos trajo a los socialistas. Este fué el descubrimiento máximo de aquel glorioso movimiento. Los socialistas, ¿dónde vivían estos hombres antes de producirse el hecho revolucionario? En parte alguna. Nacieron con la revolución, y ésta, madre amantísima, los esparció por nuestra tierra haciéndoles crecer y multiplicarse. Ahora son el sostén del régimen y su más firme garantía. Como lo eran los militarotes para la situación fenecida, aún cuando siempre anduvieron divididos, habiéndolos hasta conspiradores. Los socialistas forman una masa compacta, pero son menos bizarros y mucho menos fotogénicos.

Pronto haremos de hacer otra revolución. Buena, también. Ya nos van cargando los socialistas y hemos de encontrar nuevos valedores del régimen. La próxima, está ya decidido, la harán los viejos republicanos. Los hay magníficos y expertos. Prescindamos de la juventud que todo lo avasalla—capaces son estos jóvenes chisgarabís si se les encarga a ellos la revolución de romper algo—y recurramos a la gran experiencia de los viejos republicanos. Ellos saben hacer las cosas bien y con orden.

Andan por ahí esos veteranos y muchos de ellos no tienen en qué distraer sus ocios. Otros sí, la República preció sus afanes revolucionarios y ocupan cargos de relieve social a los que saben dar aún mayor relieve. Sus armas, sus hábitos, sus maneras, sus maneras asomadas dormitan ahora, a punto de enmohecerse, en los despachos oficiales. Hay que encargarles la próxima revolución.

No crea el lector que nosotros de seamos el exterminio de todos los socialistas y de todos los viejos republicanos. De todos, desde luego, no. Y si embarcamos a los veteranos en esa próxima revolución es porque será pacífica.

La contemplaremos desde las mesas de los cafés.

Antonio RAMOS

Los Federales y la amnistía

Madrid.—Se sabe que en la reunión celebrada por la minoría parlamentaria federal, se presentaron enérgicas proposiciones en el sentido de marcar un plazo para la conversión de una amplia amnistía.

Dichas proposiciones fueron desechadas por mayoría de votos, y todas ellas fueron defendidas por el señor Barriobero.

El traspaso de servicios de Hacienda

Barcelona.—En la sesión celebrada por el Parlamento catalán, el señor Vidal y Guardiola interrogó acerca de si era cierto que el Ministro de Hacienda, señor Viñuales, tenía el criterio de aplazar hasta el próximo presupuesto el traspaso de servicios de Hacienda.

Le contestó el señor Pí y Suñer diciendo que tal vez sea una fantasía periodística, pero que desde luego no contaría con el asentimiento del Gobierno de la Generalidad.